

*A todas las que habéis aprendido
a tejer vuestras propias alas.*

PRÓLOGO

Lorena

Miré a Ethan como si, de pronto, le hubiera aparecido un tercer ojo en la frente. Aquello no podía estar pasando.

—¿Es una broma?

Claro. Era eso. Tenía que estar burlándose de mí.

—¿Cómo va a ser una broma? Por Dios, Lorena, dime algo, que nos está mirando todo el mundo.

Por supuesto que nos estaban mirando. Es lo que pasa cuando te arrodillas a pedirle matrimonio a tu novia... en el paseo de la playa de San Lorenzo, a las ocho de la tarde de un día soleado de agosto. Bueno, por eso, y porque yo me había quedado quieta, mirándolo sin contestar. Me había convertido en una estatua que no era capaz de asimilar lo que estaba pasando. A ver, era cierto que llevábamos ya tres años juntos, uno de ellos conviviendo. Pero yo nunca había insinuado nada de que quisiera casarme. Al contrario. ¿Quién en su sano juicio se casa hoy en día a los veintidós, justo al acabar la carrera? Ni siquiera tenía trabajo estable más allá de las prácticas que había conseguido gracias a mi expediente...

—Lorena... —insistió Ethan.

Intenté inspirar. Miré a la muchedumbre que nos rodeaba y al chico pelirrojo que, arrodillado sobre la acera, me suplicaba con sus ojillos castaños que le dijera que sí. Me imaginé el bodorrio que Ethan querría. La iglesia, el banquete, el vestido pomposo, el chaqué negro y los doscientos invitados. De pronto, los pulmones no me cabían en el pecho y no entraba suficiente aire. Noté el sudor frío recorriéndome la espalda. Los bordes del pa-

seo marítimo se desdibujaron y la vista se me oscureció. Boqueé buscando oxígeno. Estaba a punto de desmayarme.

—No —susurré.

—¿Cómo?

—Que no.

Oí murmullos a mi alrededor, algún grito y hasta risas. Me dio igual. Al fin había empezado a respirar de nuevo y la visión periférica estaba volviendo a la normalidad. Respiré hondo. Muy hondo.

—Lorena, no tiene por qué ser ahora, eres...

—Ethan, por favor, levántate.

Miró alrededor, consciente de que estábamos dando bastante de qué hablar. Agachó la cabeza y se levantó. Estaba tan rojo que la frente se le fundía con la raíz del pelo. Me dio lástima. Di una palmada al aire y alcé la voz.

—Hala, se ha acabado el espectáculo.

Cuando la gente se dispersó, le pedí a Ethan que diera un paseo conmigo. No quería que nos fuéramos a casa así. Recorrimos en silencio el paseo de la playa de San Lorenzo y nos refugiábamos a la sombra de los árboles junto a la iglesia de San Pedro. Era una edificación sencilla, pero bonita y con vistas al mar. A Ethan le habría encantado casarse allí, estaba segura. Lo conocía tan bien que sabía que querría hacerlo el verano siguiente. Tendría unas fotos espectaculares con el Cantábrico de fondo. Preboda, boda, posboda. Convite en el hotel que se encontraba al final de aquel mismo paseo, sobre el río Piles, y cena al atardecer en la terraza del ático. Suspiré antes de dejarme caer en uno de los bancos. Con un gesto, lo invité a sentarse a mi lado.

—Lo siento, Ethan, de verdad. Ha sido un discurso precioso. Muy emotivo.

No le dije que no sabía si me gustaban las proposiciones en público. A mí, en aquel momento, me parecía que una pedida

debía ser algo íntimo, que solo incumbiera a la pareja. Aunque entendía a quienes les encantaban esos grandes gestos. Pero no le expliqué nada de eso, porque no quería hacerle más daño. Tampoco le dije que me molestaba que no supiera algo tan básico —e importante— para mí.

—Y sin embargo has dicho que no.

—No quiero casarme —murmuré no muy convencida.

Ethan entrecerró los ojos.

—¿No quieres casarte? ¿O no quieres casarte... conmigo?

No tuve valor para contestar. Sabía que no iba a gustarle la respuesta. Él negó con la cabeza y se levantó.

—Esta noche no dormiré en casa —anunció con la voz quebrada.

Y yo, allí sentada, lo vi marcharse arrastrando los pies.

Y también vi cómo se formaba la primera de las brechas que se abrieron entre nosotros.

CAPÍTULO 1

Un año después, Lorena

Cuando por fin llegué a casa tenía los pies hechos polvo. Los malditos zapatos de firma en los que me empeñaba en subirme tenían la culpa. Ocho centímetros de finísimo tacón sin plata-forma con los que sentía que se me clavaban agujas en cada superficie de piel que había entrado en contacto con la —también finísima— suela. Me descalcé en el rellano, y al tocar el suelo, el dolor se incrementó. Ascendió sin clemencia desde la planta del pie hasta los tobillos y acampó en los gemelos. Por ese motivo, y por culpa de la enésima discusión en la oficina, había entrado en casa enfadada, agotada y con ganas de amputarme los miembros inferiores.

La cabeza de mi chico apareció por detrás del arco que separaba el salón del comedor. Me encantaría decir que, al verlo, se me pasó el mal humor en el acto. O cualquier cosa dulce y amorosa, pero... no.

—Hola, bichito.

—Grrñññ —gruñí.

—¿Eso, en español, significa «cuánto te he echado de menos»?

—No. Significa «consígueme cerveza».

Ethan sonrió, se inclinó y me dio un beso. Intuí sus intenciones incluso antes de que posara sus labios sobre los míos. Me aparté, veloz, en cuanto su mano izquierda aterrizó en mi cintura.

—Me voy a la ducha —anuncié, intentando que no se notara que le hacía la cobra.

—¿Nos duchamos juntos?

—Cariño, te quiero. Mucho. Pero como se te ocurra aparecer

en el baño en los próximos cuarenta y cinco minutos, te pido el divorcio.

Supe que había metido la pata en cuanto terminé la frase. Pero a esas alturas y con el año que llevábamos... qué importaba ya.

—No estamos casados —dijo. Y en su tono detecté el rencor que todavía, tantos meses después, me guardaba—. Te recuerdo que me dijiste que no cuando te lo propuse.

—Seguramente fue porque me lo pediste después de querer meterte en la bañera conmigo tras un día de trabajo.

—Vale, vale. *Got it*.

Se marchó de vuelta al salón con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Me encogí de hombros y me fui al baño. Me acerqué a la bañera. La llené de agua fría y metí un pie, dejando escapar un suspiro de alivio cuando la piel dolorida entró en contacto con ella. Metí el otro.

Dejé que se calmara la molestia y luego ajusté la temperatura. Me senté y esperé a que me cubriera el cuerpo, dándole vueltas al hecho de que Ethan nunca había aceptado mi negativa a su propuesta de matrimonio. Llevaba un año entero soltándome indirectas. Al principio, lo entendía. A fin de cuentas, debió de ser muy duro para él, pero yo sentía que no estaba hecha para el matrimonio. Ni siquiera comprendía bien qué tienen de especial las bodas. En mi día a día y por culpa del trabajo, en el que encadenaba un contrato de prácticas detrás de otro, ya pasaba demasiado tiempo lidiando con problemas: la inestabilidad de no saber si me renovarían, las quejas de los jefes porque el proyecto en el que trabajaba no iba todo lo rápido que querían, las del resto de miembros del equipo, porque siempre iban apretadísimo y las del imbécil de Daniel, ese compañero que me hacía la vida imposible, aunque normalmente me divirtieran nuestros piques. Me pasaba el día apagando incendios, arreglando ordenadores a distancia y creando *powerpoints* para mi jefa con

datos que me provocaban pesadillas. Cero ganas me quedaban de ponerme a organizar el bodorrio con el que mi chico soñaba y que, encima, no me hacía ni puñetera ilusión.

Ethan era harina de otro costal. Había venido de Erasmus a Asturias hacía cuatro años, justo cuando yo terminaba primero de carrera. Era el típico chico inglés: blancucho, pelirrojo y con pecas salpicándole los pómulos. Hasta los ojos, castaños, tenían un leve subtono rojizo. Medía más de metro ochenta, era delgado y un poco desgarbado. Siempre me ha dado un poco la impresión de que tiene los brazos y las piernas demasiado largos para el resto del cuerpo, lo que le da cierto aire de torpón. Pero, curiosamente, fue eso lo que me atrajo de él. Creo. Porque la verdad es que cuando lo conocí, yo iba como una cuba. No guardaba muchos recuerdos del momento, más allá del testimonio de mi amiga Patricia. Habíamos ido en autobús a Oviedo, para disfrutar de uno de los «jueves de Erasmus» que se celebraban en el barrio antiguo, detrás de la catedral. Según ella, nosotras estábamos sentadas en la acera, *tomando el aire*. O sea, esperando a ver si se nos bajaba un poco el pelotazo. Y justo en ese momento, Ethan salió del bar de al lado, con su copa en la mano, para despejarse del ambiente cargado.

Y aquí viene la parte vergonzosa.

Siempre según mi mejor amiga, parece que yo me levanté de golpe, volqué mi vaso de calimocho tamaño familiar y grité.

—¡¡¡Patri!!! ¡¡¡Mira qué mono!!! ¡¡¡Si parece un cervatillo!!!

—Yo, como mejor amiga tuya que soy, me veo en la obligación de recordarte, querida Lorena, que estás haciendo el ridículo.

Bueno, esta es su versión, claro. Conociéndola, lo más seguro era que hubiera levantado a regañadientes la vista del móvil y se hubiera puesto a gritar conmigo. Y a dar saltitos y palmaditas. En fin, el caso es que aquella noche, Ethan me llevó a su casa y se comportó como un caballero; cuidó de mí mientras se me

pasaba la borrachera. A la luz del amanecer, que me pilló desayunando con él una *pizza* recalentada, pensé que era bastante mono. Pasé el domingo en el piso, que compartía con otros dos erasmus junto a las universidades, comiendo pollo asado del bar de abajo y viendo capítulos repetidos de los Simpson. Por la tarde, antes de regresar al piso que compartía con Patricia, nos acostamos.

Fue horrible.

Yo aún tenía resaca, él estaba nervioso, no conectamos, ninguno de los dos se corrió y pensé que nunca más volvería a verlo.

Pero me llamó apenas un par de días después. Y empezamos a quedar. Él volvió a su país al terminar su Erasmus y yo rompí la relación sin saber que Ethan no acepta un no por respuesta. Siguió llamándome y mandándome mensajes y privados por redes sociales de vez en cuando, sin agobiarme, hasta que consiguió que echara de menos los días en los que no me escribía. A pesar de mis reticencias, comenzamos una relación a distancia hasta que, un años después, vino a vivir a Gijón. Sin trabajo, sin familia ni amigos. Apenas conservaba un puñado de conocidos de sus nueve meses de Erasmus.

Él siempre dice que no vino por mí. Y yo siempre he sabido que mentía.

Tardé poco en abandonar el piso que compartía con Patricia, más porque notaba que Ethan necesitaba dar el paso que por que a mí realmente me apeteciera hacerlo. Se tiró semanas enumerando todas las razones por las que la convivencia era buena idea, empezando por el ahorro y terminando por la compatibilidad. Al final, y dado que parecía el paso lógico a pesar de que lleváramos poco tiempo, buscamos un piso que pudiéramos alquilar con el sueldo de mis trabajos de fin de semana y el suyo de profesor de academia de barrio. No sé por qué me dejé convencer de que era buena idea, y menos aún de compartir un *loft*

de estilo industrial. Son muy monos, pero... cómo he echado de menos el despachito de mi antigua casa. Y las paredes. Y vivir en algún sitio más cerca del centro, y no junto a la salida a la autovía, donde no dependiera tanto del coche o el autobús.

Un año después, me pidió matrimonio en el paseo de la playa. Y el resto es una historia sin final feliz.

* * *

Un rato después me miré los pies, bajo el agua ya fría de la bañera. No entendía a qué había venido ese viaje lisérgico a los recuerdos, pero pensar en nuestros principios, en la pedida de mano, y la posterior decadencia de nuestra relación hizo que se me tensaran todos los músculos del cuerpo. Y me había dado cuenta de que, a pesar de que creía que era yo quien imponía mis tiempos... por norma general, acababa cediendo a los deseos de Ethan.

Fue él quien quiso iniciar una relación a distancia. Fue él quien se mudó. Fue él quien me convenció de que era el momento de vivir juntos, aun cuando llevábamos poco tiempo saliendo. Él eligió el piso. Si era sincera conmigo misma tenía que reconocer que seguiría viviendo con Patri en nuestro cuchitril del centro y no en este *loft* de las afueras en el que no había intimidad más que en el baño. ¿Cómo había pasado eso? ¿Cuándo había perdido las riendas de mi vida y me había dejado llevar? Él siempre lo ha tenido todo meridianamente claro, como un mapa trazado que no se puede modificar. Yo lo achacaba a que me sacaba tres años y estaba en «otro momento vital», pero qué agobio me estaba entrando de repente.

Moví los dedos de los pies, que empezaban a recuperar la circulación. Alcancé el móvil de encima del lavabo, busqué en contactos frecuentes y esperé.

—¿Qué tal, perra?

Patri y sus saludos. Siempre tan cariñosa ella.

—¿Crees que soy una *calzonazas*?

—Hum. Explicáte un poco mejor porque creo que no he entendido bien el término.

—¿Sabes qué es un calzonazos? —pregunté.

—Sí.

—Pues la versión femenina.

—¿No sería *bragazas*?

—Patri, por favor.

—Bueno, a ver. *Bragazas, bragazas...* No.

Noté automáticamente que detrás de esa afirmación había un pero que no me iba a hacer feliz.

—He decidido que no me gusta el término —corté, con el dedo en el botón de colgar.

—Pero... —vaya, no me equivocaba— también te digo que no es que seas el colmo de la iniciativa en tu relación.

—¿Cuánto hace que piensas eso?

—¿Cuánto llevas con Ethan?

—Cuatro años.

—Pues tres años y once meses.

Hice una mueca.

—Ni siquiera me gustaba al principio —susurré.

—¿Estoy notando una crisis marital? Uy, perdón, no quería pronunciar la palabra prohibida.

—No. O sí. No sé.

—Tira los tacones al rincón, ponte esas deportivas que Ethan odia porque cualquier día echan a andar solas y vente al centro. Te invito a una *cerve*.

Miré el reloj. Solo eran las siete y media. Decidí que me daba tiempo a tomarme una rápida, volver, preparar la comida del día siguiente y cenar con mi chico después de que se me pasase el mal humor.

—Hecho —concedí.

Me levanté para darme una ducha. Salí a la habitación, que era más bien el espacio donde estaba la cama y el armario, y dediqué un momento a mirarme en el espejo de cuerpo entero. Me puse mis vaqueros desgastados favoritos, que realzaban la curva de mis caderas, la camiseta ancha de *La naranja mecánica* —que me gustaba porque disimulaba un poco mis complejos— y las Converse medio rotas. Me sequé rápido el pelo, castaño y largo, y lo recogí en una coleta tirante. Solía llevarlo así peinado porque, al natural, se me llenaba de ondas incontrolables. Me maquillé lo justo para destacar la parte favorita de mi cuerpo: los ojos claros, pero de color indefinible.

Después, asomé la cabeza por el arco del salón.

—Me voy a tomar algo con Patri —anuncié.

Ethan, que supongo que no me oyó por culpa del ruido de la *sitcom* que tenía de fondo, se encogió de hombros sin levantar la mirada del móvil. Qué desidia, el tío. Puse los ojos en blanco y me fui con una sonrisa, porque, ¿a quién no le parece buena idea irse de cervezas un martes cualquiera?